SUMARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS

DE

D. DIEGO SAAVEDRA

FAJARDO.

POR

Javier Fuentes y Ponte

EL

27 DE OCTUBRE DE 1883.

MURCIA, 1883.

Imprenta de «El Diario.»

A sus buenos amigos de Murcia,

Javier Fuentes y Ponte.

Poco tiempo después de anunciar la prensa mi vehemente deseo de celebrar, el 6 de Mayo próximo, el tercer centenario del natalicio de D. Diego Saavedra Fajardo, un querido amigo mio puso en mis manos una hoja impresa, páginas 55 y 56 del «Semanario Pintoresco», dudando él, si lo que se insertaba en las mismas, acerca de nuestro ilustre murciano, era verdad: tomé el papel y le compulsé con el ejemplar de dicho periódico, correspondiente al número del primer domingo de Mayo de 1836, primer tomo de dicha publicacion, cuyos tomos tengo, lamentando la desgracia que habia cabido á los restos de aquel distinguido hombre público, y deseando ir á Madrid para buscar mas datos y ver si lograba obtener dichos restos para que descansaran definitivamente en Murcia. Dicho artículo, debido á la galana pluma del Excmo. Sr. Marqués de Molins, es digno de reproducirse aquí:

«*Historia de la Calavera de un grande hombre.*—Han de saber nuestros lectores que allá por los años de 1600 habia, entre otros muchos, un estudiante murcianillo en Salamanca, que era el mismo demonio por lo agudo y travieso, y han de saber tambien que el tal no contento con llegar á ser gran jurisperito, como suele decirse, *in utroque*, se dió tanta prisa á estudiar lenguas y ciencias, que muy luego vino á ser el gallito de la Universidad y aun de toda España. Todo esto no le hubiera valido de nada á no ser por contar en el número de sus apasionados un cierto cardenal D. Gaspar de Borja. Era S. Ema. inclinado á los jóvenes despiertos y pizpiretos, y como sin duda en aquel tiempo no necesitaba un hombre usar muy antigua fé de bautismo para tener sentido comun, ni venia precisamente el entendimiento á los 25 años, como ahora sucede, caten ustedes ahí que el estudiante se vió secretario de la embajada de Roma á los 22. Si fué allí muy devoto, no lo dice la crónica; pero lo que sí es cierto, es que procedió como muy hábil, y por eso pasó luego de secretario del virreinato de Nápoles, y poco despues de ministro á Suiza, á Bavie-

ra, á Viena, y á las dos primeras córtes que hemos nombrado: probablemente no se mostraría muy lerdo en eso de intrigar, cuando apenas ocurria un negocio grave y ya comisionaban á nuestro murciano para evacuarlo, y que sin duda le creerian muy amigo del Espíritu Santo que le enviaron á dos Cónclaves y á un Congreso, en que fueron elegidos dos Papas y un Emperador.

Así anduvo por esos mundos atareado mas de 40 años, siendo el Tailleyrand de la época, haciendo paces y negociando protocolos y á pretesto de servir su plaza de secretario del Rey, su silla en el consejo de Indias y un cargo de Introductor de Embajadores, se vino de un tiron desde el famoso Congreso de Munster, á la coronada y posteriormente heroica villa de Madrid. El hombre estaba ya un poco maduro, como no queria trabajar, y sentía muy se que escrúpulos de conciencia, vá y ¿qué hace? coje y fabrica una celda en el convento de Recoletos del Prado, y zás se encierra en ella. Buen provecho.

Muchos rosarios rezaría, y mucha bazofia echaria en aquel cuerpo pecador en dos años que estuvo con los PP., y al fin no sé si de ahito ó de otra cosa, suena su hora el dia 24 de Agosto de 1648, cierra el ojo y buenas noches, gran funeral, mucho campaneo, y á la sepultura. Hízose esta, en una capilla junto al coro, y cubrióse con una lápida muy llena de angelotes de marmol, y de armas de blason con un largo epitafio en latin que, entre otras cosas, decía: «Aquí yace D. Diego de Saavedra Fajardo, caballero del hábito de Santiago, autor de las «Empresas Políticas», de la «Repùblica Literaria» y de otras excelentes obras que le colocan en primera línea, entre los literatos de España y los grandes políticos del mundo. *Requiescat in pace.*—Amen».

El pobre hombre, ya se vé, allí se estaba quietecito sin meterse con nadie, mientras su fama y sus obras volaban por esos mundos en diversas lenguas, y con no poca gloria de su pátria; cuando cate usted que viene á España ¿quién dirán ustedes? Napoleon; y él, ó más probablemente alguno que vino con él, zas, zas, echa abajo la piedra sepulcral del difunto, y carga con ella; agur, ya tenemos viajando el epitafio de nuestro Saavedra. Tambien viajaron los frailes, por lo que no pudieron saber qué habia sucedido con los huesos de su huésped; pero apenas volvió el rey, que tambien murió, de su cautiverio, y restableció los conventos, cuando el prior del de Recoletos quiso convencerse de lo que habia sucedido en el nicho, echò á tierra el tabique, y se encontró al autor de las «Empresas Políticas» hecho una momia; alegróse mucho, es decir, el prior, y cuando lo estaba mirando, vispalé, el aire deshace el acartonado esqueleto y no quedan á la vista del entusiasta prelado, mas que huesos mezclados sin órden. Recógelos su paternidad en una esportilla y al cuarto de las reliquias con ellos.

Pues señor, andando, andando viene, quién viene? un inglés, que sin duda se andaba tras de las calaveras, y poniendo en las manos de su hijo la del célebre español, le decia: «Toma, querido, para que cuando vuelvas á nuestra pátria digas que has tocado con tus propias manos el cráneo del primer político de esta nacion y uno de los mayores ingenios de su siglo.» Este dicho

de aquel herege hubo de dar en qué pensar al prelado que entonces habia en aquel monasterio, averigua que su antecesor habia confundido las reliquias de un sabio con las de los santos, y escandalizado quiere enderezar el entuerto. Vuelta á abrir la sepultura, y vuelta á trasegar los huesos de nuestro célebre Saavedra.

«Qué lástima, decia el sacristan al enterrarlos, qué lástima que desaparezca de la faz de la tierra esta calavera tan limpia, tan despejada, tan hermosa.» Ocúrreselo una idea, (que sin duda el bueno del lego era algo craneólogo ó romántico), la de aprovechar aquel cráneo y sus correspondientes canillas para adornar el túmulo que servia en las honras del convento..... dicho y hecho, por muchos años han estado autorizando los sufragios y aniversarios de la comunidad. Pero no es esto lo mejor, sino que abierto últimamente, allí inmediato, el establecimiento ó Galería Pintoresca, su dueño creyó conveniente poner en ella á Santa María Magdalena para hacer juego con el tororo Montes y la diosa Vènus, y como en la mano de aquella santa penitente faltaba algo..... yo no sé si por venta ó préstamo ó donacion «inter mortuos» el caso es que la calavera de nuestro gran Saavedra Fajardo, pasó del dominio del sacristan de Recoletos al dueño de la Galería Pintoresca, y allí la ha podido ver el honrado público mediante la cantidad de 4 reales de vellon!.....

Pues señor, vuelta á quitar los conventos (q. e. p. d.) y vuelta á buscar á Saavedra (q. e. p. d.) no yo por Napoleon (q. e. p. d.) sino por la *Academia de la Historia* (*que en paz descansa*); se cita á los frailes ante el gobernador civil, se les dá un susto más que mediano (yo no sé por qué), se los lleva al lugar del enterramiento, se alborota la vecindad, se cava la sepultura, se buscan los huesos, se abre un proceso, se averigua el caso, se recoje de acá y de allá, con tanta prolijidad como el mismo interesado pudiera hacerlo el dia del juicio, y se llevan los autos á plena Academia.»

Aquí pone el autor del artículo un rasgo humorístico y termina de esta manera:

«Con todo, por si alguien queria probar lo contrario, dejaron sobre la mesa de la Academia aquellos restos de un hombre que jamás imaginó que los franceses habian de venir á quitarle su epitafio, que un sacristan haría servir su calavera en mesa de ànimas, que luego la había de enseñar por dinero, que los fráiles se habian de acabar, y que después de todo habian de parar sus atraillados huesos en los estantes de una Academia, esperando clasificacion y destino.—R. de T.»

Muy posteriormente á la publicacion de este interesante artículo, se han escrito varias biografías del hombre distinguido, del ilustre diplomático español D. Diego de Saavedra Fajardo, noticiando únicamente que sus restos habíanse trasladado desde Recoletos á San Isidro el Real, pero sin marcar el sitio de las bóvedas ó cripta en que se depositáran; así es que, al emprender yo su busca, me hallaba falto de este dato.

El 24 del pasado mes de Octubre llegué á Madrid, regresando de un molesto viaje, y el 25, á las 8 de la mañana, me presenté

en la sacristía de San Isidro á su amable y bondadoso presidente de la Colegiata Monseñor Isbert, á quien expuse mis pretensiones, el cual me manifestó que no sabía nada del paradero de tales restos, ni había acta de entrega, ni noticia sobre ellos; á la sazon se iba á entrar en coro, y preguntando Monseñor al muy anciano capellan del mismo, Sr. Bosco, este tambien contestó negativamente; pero el celoso Monseñor Isbert ordenó al sacristan mayor que provisto de una linterna me acompañase, bajando á la bóveda principal, cuya escalera está, franqueando la primer puerta derecha, de las del interior de la sacristía: la bóveda es grande y se corresponde con la planta del presbiterio: hay en ella una espaciosa capilla, cuyas paredes, pintadas al temple, tuvieron en sus dos testeros altares con cuadros que hoy no existen; esta capilla, que sirvió quizá para ejercicios reservados á los PP. de la Compañía de Jesús, está llena de maderas, confesonarios rotos, restos del monumento antiguo y efectos del actual: las demás estancias de la bóveda, están obstruidas con leña y restos de los vários catafalcos que se han hecho en distintas ocasiones, para las honras de las víctimas del Dos de Mayo y del Siete de Julio: en las paredes hay varios enterramientos, todos ellos abiertos, en los que se ven muchas osamentas: únicamente permanecen tapiados los de la bóveda bajo la capilla de Ntra. Sra. de la Soledad, que se ha hundido y está sostenida por un resistente apeo: ninguno de los tabicados de los nichos tiene inscripcion ni señal alguna.

No me detendré á relatar los esfuerzos que el jóven sacristan y yo hicimos para desescombrar en unos puntos, retirar maderas en otros, ó descubrir sitios en que suponíamos una losa más nueva que las demás, que bien pocas eran: inútil tarea; se hacía tarde, tenía yo varias ocupaciones y abandoné las bóvedas y la iglesia Colegiata de San Isidro; pasando, á las tres de la tarde, á la Secretaría y á la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, donde molesté á mis afectuosos amigos D. Pedro y D. Manuel Goicoechea, oficiales, respectivamente, de la Secretaría y de la Biblioteca, á quienes expuse el objeto de mis gestiones, logrando de su inagotable bondad, me facilitasen los libros de actas de 1836, en cuyo año escribió el Excmo. Sr. Marqués de Molins su artículo en el «Semanario Pintoresco»; examiné las de dicho año y sólo pude encontrar, en la correspondiente á la junta ordinaria del viernes 26 de Abril de 1836, lo que copio:

«Los SS. Musso y Baranda participaron á la Academia, que en desempeño de la comision que se habia dignado conferirles, habian concurrido, con el Secretario del Gobernador civil de esta provincia, á practicar las diligencias oportunas para asegurarse de la identidad de los restos mortales de D. Diego de Saavedra Fajardo, que habian estado depositados en el convento de agustinos recoletos de esta capital, de cuyas diligencias sólo habia resultado, hasta ahora, el recoger la calavera y fémures que indudablemente fueron del dicho D. Diego de Saavedra, pero que aún se continuaban las indagaciones para buscar el resto del cadáver.»

Ni en ésta, ni en otras posteriores, encontré noticia alguna res-

pecto al sitio en que fueron depositados, pero logré, además, de la atencion de los señores hermanos Goicoechea, un ejemplar impreso del «Discurso de Trienio» leido por el Excmo. Sr. Director D. Martin Fernandez de Navarrote en junta de la Real Academia de 24 de Noviembre de 1837, y en su página 36 leí lo siguiente:

«Acordó estar á la mira de los conventos cuya demolicion dispusiese el Gobierno, para acudir á él pidiéndole la exhumacion de los varones ilustres enterrados en ellos: y noticiosa de que en el de agustinos recoletos de esta córte estaban á punto de perecer los pocos huesos (que en la guerra de la independencia lograron salvarse) del distinguido literato y profundo político D. Diego de Saavedra Fajardo, acudió al Sr. Gobernador civil, y comisionó á los Sres. Musso y Baranda, que puestos de acuerdo con SS. recojieron su calavera y ámbos fèmures y los depositaron en la iglesia de San Isidro. Allí descansan, por ahora, los huesos del célebre Saavedra, y allí esperan que tenga cumplimiento el decreto de las Córtes, sancionado y mandado publicar por Su Magestad en 10 de este mes, destinando para panteon nacional la iglesia de San Francisco.»

Ya teníamos una noticia oficial respecto á estar depositados los restos en San Isidro, pero no se precisaban ni las circunstancias del depósito, ú enterramiento, ni tampoco el sitio de éste; y en la mañana del viernes 26, muy temprano, fuí á la Colegiata. Monseñor Isbert estaba ocupado, conferenciando con una señora y un caballero, pero al verme y cruzarnos pocas palabras sobre el ningun resultado de mis trabajos, le pedí me franqueasen la bóveda pequeña correspondiente á la planta de la capilla de Nuestra Sra. del Buen Consejo, accedió, y el sacristan me condujo á ella, abrió la puerta, pero á mitad de la escalera estaba ésta tapiada, por completo, con un tabique sencillo; el sacristan fué á pedir permiso á Monseñor para derribar parte del tabicado, volvió, autorizándome para ello, y á fuerza de golpes dados por él y por mí pudimos darnos paso con algun trabajo; la bóveda tiene forma de cruz; adosados á las paredes hay enterramientos llenos de osamentas, está desembarazada de obstáculos, únicamente hay dos retablos rotos y algunos restos de confesonarios; pero en su nave, crucero izquierdo, junto á una cripta con huesos, hay una bancada hecha con mamposteria y ladrillo, que tiene próximamente 2.50 de longitud, 2.80 de salida y 1.80 de altura, que induce á creer contenga ataudes, pero está perfectamente revocada y no presenta señales de nichos.

Encima de este gran macizo hay una caja embalaje, fuerte y bien cepillada, su madera de pino, su ensamble es de los llamados lazo ó cola de milano, tiene próximamente 0.70 de largo, 0.50. de fondo y 0.30 de ancho, le falta á su tapa, aún bien clavada con puas grandes, un pedazo de tabla, cuyo hueco deja observar una caja con forro de terciopelo negro guarnecida de agremanes de oro; en la tapa hay una etiqueta impresa en francés, que indica ha sido trasportada por el mediodia de Francia, y en uno de los costados otra etiqueta para un trasporte desde la frontera á Barcelona. ¿De quién serán los restos que contenga? ¿Podrán cor-

responder á Melendez Valdés, á Moratin ó á Donoso Cortés, trasportados desde Francia? La caja no tiene inscripcion alguna.

Salí de la bóveda; Monseñor Isbert, persona muy ocupada con multitud de cargos, ya no estaba en la iglesia; empezé á desfallecer en mi propósito, pero aprovechando la circunstancia de haber junta ordinaria aquella noche en la Real Academia de la Historia, quise personalmente entregar á los dignos SS. Académicos de número unos documentos para su biblioteca, y fuí allá á las 8 y media de la noche; la sesion comenzó á las 9 menos cuarto; me sentía empequeñecido ante aquellos verdaderos sábios, á quienes presidía el actual Director Excmo. Sr. Cánovas del Castillo; trataron los asuntos pendientes, algunos académicos correspondientes participaron noticias de trabajos, así como de descubrimientos de objetos arqueológicos, y yo el último, humilde, respetuosamente, presenté dos fotografías de la carta Real de D. Sancho IV, para el traslado de la Sta. Iglesia de Cartagena á Murcia, hábilmente fotografiada, dicha carta, por Almagro, con la intervencion del Sr. Arcediano y mi pobre auxilio; como así mismo ofrecí y entregué algunos ejemplares de la interpretacion directa de dicha carta, que he tenido el honor de hacer, y que si aun tiene algunos pequeños errores de traduccion, no tiene tantos como su copia en el libro Inventario del Archivo Catedral. Carta que por primera vez se ha visto impresa en mi libro «Fechas Murcianas», 14 de Mayo de 1881.

Expuse á la Real Academia que poseia dos documentos originales manuscritos, uno es el que sirvió, sin duda, para insertarse en el Tomo Floridablanca, Biblioteca de Autores Españoles, documento autógrafo en cuya portada se lee, escrito por S. A. S. el Conde de Floridablanca: «Puntos principales sobre mi conducta ministerial». El otro documento es la fé de mortuorio de S. A. S., único ejemplar que queda de los dos que se hicieron, ó acta duplicada de la exposicion de su cadáver, estendida por el escribano público de Sevilla D. Antonio Hermoso Míguez, y legalizada en forma.

Estos documentos fueron examinados y leidos por el Excelentísimo Sr. Director D. Antonio Cánovas con particular interés, celebrando el que yo, siempre, al tratar del Regente de España en 1808, le dé el tratamiento de Alteza Serenísima, con justo motivo; y puse á disposicion de la Real Academia estos raros escritos para que se conserven en su archivo, librándolos á mi muerte, de la codicia de los críticos que censuran las pobres obras de mis aficiones artístico-literarias, sin que el mundo todavía conozca ninguna obra suya, ó de las pesquisas de otros que desean mis humildes producciones, para hoy desprestigiarlas, y cuando yo no viva, darles otra forma y hacer pasar por suyo, entre golpes de bombo, cuanto poco ó mucho tengo publicado, ó inédito, entre mis rebuscos.

Por último, propuse á la Real Academia mi propósito de celebrar el tercer centenario á Saavedra, y el poco resultado de mis gestiones para encontrar sus restos, la rogué me diera antecedentes y no pude alcanzar sino la casi certeza de que no hallaría las cenizas del murciano insigne autor de las «Empresas

Políticas». Quizá por tener yo la inmerecida calidad de Cronista de la Santa Iglesia de Cartagena, con que, por acuerdo unánime de su Illmo. Cabildo, me distinguió éste en 8 de Noviembre de 1882, el R. P. D. Fidel Fita, me sentó á su lado, y debo decir acerca de esto, que el verdadero Cronista de ella, será el insigne sábio jesuita que ha publicado, y aun tiene en cartera, muchas y auténticas noticias sobre esta Sede, que no existen, ni han existido jamás en los archivos episcopal y catedral.

Las primeras horas de la mañana del sábado 27, las dediqué á visitar á mi protector literario, el insigne académico Sr. Fernandez Guerra, y á mi querido amigo Baquero: insensiblemente pasó el tiempo en cada casa, y llegué desanimado á la iglesia de San Isidro, atraido, sin embargo, por una fuerza extraña. Terminado el rezo de las horas canónicas, iba á salir, apresuradísimo Monseñor Isbert, pues tenía asuntos interesantes en la nunciatura y cerca del Emmo. Cardenal arzobispo de Toledo; le advertí que lo que yo buscaba no era un cadáver, sino una calavera y dos canillas, segun el discurso y acta de la Real Academia, y entonces reflexionó, queriendo recordar dónde, hace años, habia visto eso mismo, pero tenía que salir, y su memoria no respondía al deseo, en aquel momento; le insté suplicadamente me diera indicios y mandó al sacristan me acompañase á la sacristía de la capilla de Ntra. Sra. del Buen Consejo á ver si en alguna de las alacenas podian estar junto con el sillon y la cruz de penitencias del Beato Simon de Rojas; daban las 10 y salió precipitadamente.

Desde que hace unos 10 á 12 años comenzaron las obras de Ntra. Sra., terminadas felizmente por Monseñor Isbert, á costa de sacrificios personales y pecuniarios, la sacristía está ocupada con maderas, restos arquitectónico-decorativos, bancos, efectos inútiles, etc. etc. Con mucho trabajo y trasportando de uno á otro lado aquellos enseres, fueron abiertos los armarios-alacenas, franqueados en el espesor del muro, y, por último, en el más inmediato á la parte izquierda de la puerta que pasa de la sacristía á la capilla, al abrirse sus dos hojas, apareció un sillon antiguo, estilo del siglo XVII, junto á una casi destruida cruz de penitencias, aún con sus clavos: dicho sillon estaba envuelto con una fuerte cubierta de jerga ordinaria y en su asiento, yacente de su lado izquierdo, estaba una calavera: á unos 0'16 de ella, estaban los dos fémures ó canillas: el sacristan la tomó en sus manos y me la entregó, pero, al observarla á mejor luz, pudimos distinguir que en su frontal tenía escrito en casi borrada letra antigua «SABEDRA»: la volví al sitio y á la posicion en que antes estaba, encargué al sacristan que á nadie le dijese, sino á Monseñor cuando viniera, y saliendo á la calle, tomé, á carrera gratificada, un coche en el puesto inmediato, diciendo al cochero: «Fuencarral, 4.» El reloj de San Isidro dió las diez y media cuando entraba en la calle de la Concepcion Gerónima.

Podeis comprender, amigos mios, cómo estaría mi espíritu en tal momento, pero al dar vista á Puerta del Sol para tomar la calle de la Montera, sentí una punzada horrible en el corazon: junto á la esquina estaban reuniéndose para gestionar y preten-

der colocaciones políticas varios comisionados de algunos pueblos de esta provincia de Murcia. Fué desgarrador el efecto que me hicieron; me sentí hondamente conmovido contemplando sus propósitos y los mios; dudé un momento si seguir ó nó en mi empresa, pero la gloria de la ciudad en que vivo, donde tengo mis más caros afectos, y amigos á quienes viviré reconocido siempre, me decidió, y no suspendí mi marcha, pero ahogué una lágrima y un gemido de dolor, al prever el fatal porvenir de nuestra pátria.

El digno Director de la Real Academia de la Historia no estaba en su casa, sí dando un paseo higiénico, y no volvería hasta las 12; no podia esperarme sin faltar á deberes oficiales de mi modesto cargo, y el celoso mayordomo, el hombre de confianza de la casa del Excmo. Sr. Cánovas del Castillo, me hizo entrar, proporcionándome escribir al insigne D. Antonio, el preciso detallado relato de lo sucedido, permitiéndome anunciarle mi molesta visita á las 3 de aquella tarde, lo cual cumplí con exactitud; pero, al recibirme tan distinguido hombre político, hallé á su lado á Monseñor Isbert, que habiendo sido buscado fuera de su casa, por órden de S. E., en virtud de mi carta denuncia, no habia ido aun á la Colegiata: en vista de mis manifestaciones, recordó y expuso Monseñor, que la calavera y los dos fémures, que durante algun tiempo fueron tenidos como de Cervantes, por algunos servidores de la Colegiata, y aun habia tradicion de haberles hecho honras, al comenzar las obras de la capilla, y tener que reformar la cajonera, los habia encontrado en un departamento de ésta, pero sin acta ni antecedentes, y los colocó junto con el sillon y cruz del Beato Simon de Rojas, en uno de los armarios-alacenas, pero que no recordaba en cual, cuando me lo dijo por la mañana: enterado D. Antonio de todas estas circunstancias, me suplicó fuese á la Real Academia, citando al Sr. D. Manuel Goicoechea, para que, provisto de papeletas de los académicos Musso y Baranda, formase comision con él y conmigo, el domingo 28 á las 11 de la mañana, en la iglesia de San Isidro.

Monseñor Isbert que, despues de tantos años, no habia visto aquellos restos, que él mismo guardara, quiso que fuese con él, y, en efecto, juntos pasamos á la iglesia de San Isidro, vió la disposicion en que el sacristan y yo los vimos por la mañana, y sin tocar nada, ni limpiar el mucho polvo y las tupidas telarañas del interior de la alacena, quedó esta cerrada cuidadosamente; avisé al Sr. Goicoechea, dándole la órden del Excmo. Sr. Presidente; y, sabiendo cuan amante de su tierra y de las cosas de ella es el amigo Tornel, á las cuatro de la tarde le dirigí este despacho telegráfico para toda Murcia:

«Madrid 27 Octubre. 4 de la tarde.—Murcia.—Director DIARIO. —Despues muchísimas investigaciones, acabo hallar identificados, Iglesia San Isidro, restos Saavedra Faiardo; gestiono con Cánovas para trasladarlos Catedral Murcia.—Fuentes.»

El Excmo. Sr. Director de la Real Academia, me habia dicho aquella tarde, en presencia de Monseñor, que para dar forma al exámen de los restos, al dia siguiente, debia preceder una extensa comunicacion mia, relatando las circunstancias del caso, la cual

estuviese expedida con fecha del mismo dia, sábado 27, y me ocupé de ella aquella noche, poniendo dicho documento en manos de dicho Director; la comunicacion dice así:

«Excmo. Sr.—Expuestos anoche ante V. E. y esa Real Academia, mis deseos de celebrar en Murcia, el próximo 6 de Mayo, el tercer centenario del natalicio del muy Ilustre D. Diego de Saavedra Fajardo, y complementar las fiestas con algun honor fúnebre á los restos del mismo, cuya existencia era ignorada por la mayoría de las gentes, y que tantas vicisitudes han sufrido; como á pesar de mis prólijas investigaciones, en las bóvedas de la Real Iglesia de San Isidro de esta córte, no los habia hallado en los dias 25 y 26, he pasado nuevamente hoy á dicha Real Iglesia Colegiata; encontrando,á mi primera inspeccion ayer, la caja que contiene acaso los restos de algunos de los insignes Melendez, Moratin ó Donoso Cortés, sin rótulo alguno, pero aun con la misma caja-embalaje y etiquetas, con que fué traida de Francia por la via del mediodia de Francia á Barcelona; y dirigiéndome nuevamente á Monseñor Isbert, celoso Presidente de la Colegiata, presentándole la copia de mi acta y demás datos que he obtenido en el archivo de nuestra Real Academia, estos antecedentes han venido conformes con los adquiridos por dicho señor, quien hace tiempo, en un compartimiento de la cajonera de la sacristía de la capilla de Ntra. Sra. del Buen Consejo, halló una calavera y dos fémures, que, algun antiguo servidor de la Colegiata, los habia creido por de Cervantes, que estaban allí desde 1836 depositados y guardados.

Monseñor Isbert me ha autorizado de nuevo para buscarlos, donde cuidadosamente, hace algun tiempo, los habia guardado, juntos con el sillon y la cruz del Beato Simon de Rojas, en un armario alacena de dicha Sacristía, y llamado fuera del templo por otras apremiantes atenciones, ha dejado á mi cuidado la busca de ellos en dicho lugar, á la que he procedido franqueándome el sacristan la entrada sin demora; y, efectivamente, sin haber en dicho armario más huesos que una calavera y dos fémures, á las 10 de la mañana los he hallado, sobre el asiento del sillon predicho: en la calavera hay escrito de tinta, con claridad, «Sabedra», y me atrevo á presumir, por el carácter de la letra, sea esta correspondiente á la fecha en que el celoso Académico de número D. Pedro Sainz de Baranda con el de igual clase Sr. Museo, salvaron en 1836, y llevaron á tal iglesia, dichos restos, como consta en el libro de actas al consignar la celebrada el viernes 22 de Abril de dicho año y en el Discurso Trienal del Excelentísimo señor Director, fecha 24 de Noviembre de 1837, impreso al siguiente año 1838.

Al efecto; para ratificar debidamente la identidad de ellos, al denunciarle el descubrimiento, suplico á V. E. se digne examinarlos, comprobando lo que me han manifestado Monseñor Isbert y otros dependientes de la Colegiata, como arriba indico, para que, si lo estima conveniente, dé cuenta á nuestra Real Academia de todo esto, y se digne asimismo proponerla sea ella la que, prévia instancia del prelado diocesano, cabildo y pueblo de Murcia, que no dudo obtener, logre de la superioridad la li-

cencia para que se realice mi ardiente deseo de trasladarlos y colocarlos en un lugar distinguido del templo catedral de Murcia, cerca de cuya ciudad, en el pequeño pueblo de Aljezares, nació el 6 de Mayo de 1584 el célebre hombre público, autor de las «Empresas» y de otras importantísimas obras.=Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 27 de Octubre de 1883.—Javier Fuentes y Ponte. Correspondiente de esta Real Academia.=Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia de la Historia.»

A las once de la mañana del domingo 28, nos hallábamos reunidos en el pòrtico de la Colegiata de San Isidro, su presidente Monseñor Isbert, el oficial de la Real Academia Sr. Goicoechea y mi humilde persona, cuando llegó el Excmo. Sr. Director de dicho alto cuerpo literario, á cuyo excelentísimo señor acompañamos hasta llegar á la sacristía, y á su presencia se abriò la puerta del armario-alacena para que viera el estado que hasta entonces, con el mismo polvo, suciedad y telarañas, los restos y el lugar de su guarda. S E. tomò en sus manos la calavera y la dejó á buena luz sobre la cajonería, y compulsando el Sr. Goicoechea la letra del apellido escrito en el hueso frontal, con las letras de los Sres. Académicos Musso y Baranda, resultó no ser de ellos, pero observada más y más parece ser del género y rasgo de la época de los mismos. El primer presidente del Consejo de ministros de S. M. Alfonso XII, contemplaba en silencio aquella calavera y volviéndose á nosotros, dijo: «De ésta no ha salido ningun pensamiento vulgar». A seguida, encargò á Monseñor el mayor cuidado en la conservacion de aquellos restos. Me indicò que la dejase en la misma disposicion que la ví por primera vez en la mañana del dia anterior, y al despedirnos en el pórtico, me dió sus instrucciones sobre la forma en que habia de pedirse á la Real Academia la traslacion de dichos huesos á la Catedral de Murcia, haciéndome algunas observaciones acerca de su gusto particular, respecto á la lápida é inscripcion, prometiéndome que haría cuanto estuviera de su parte para obtener el resultado apetecido.

Sali de Madrid en el tren correo del martes 30, en compañia del Iltmo. Sr. Gobernador de esta provincia D. Josè Maria Diaz Trigueros, á quien durante el trayecto relaté las circunstancias del hallazgo, y manifesté las instrucciones del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, y en cuanto llegamos á Murcia, el miércoles 31, prévia aquiescencia del Sr. Gobernador, del Sr. Dean de la Santa Iglesia, del Presidente de la Excma. Diputacion provincial y del Alcalde primero constitucional de Murcia; con la vènia del Excmo. é Ilmo. Prelado diocesano, cité á todos para una reunion en el Palacio Episcopal, á las ocho y media de dicha noche, en la cual hice el mismo relato que dejo consignado aquí, manifestandoles el deseo del Excmo. Sr. Director de la Academia, que era presentar á esta, en la Junta ordinaria del viernes 2 de Noviembre, la instancia de las autoridades de la diócesis, provincia y pueblo de Murcia, solicitando la traslacion apetecida; por unanimidad lo acordaron, así como algunos otros extremos, para complementar en su dia la realizacion de este pensamiento, y S. E. Ilustrísima me encargó viese, à la mañana si-

guiente, al Iltmo. Cabildo, para noticiarle, en principio, las gestiones que se iban á practicar, lo cual verifiqué, encontrando unánime aceptacion en todos los señores capitulares.

Por último, en el correo del jueves, 1.° del actual, salió, dirigida al Excmo. Sr. Director de la Academia de la Historia, la siguiente solicitud:

«Excmo. Sr.=Los que abajo firman, por sí y en representacion de la diócesis y su cabildo; de la provincia y municipio de Murcia, con motivo del hallazgo de los restos del insigne murciano don Diego Saavedra Fajardo, acuden atentamente á esa Real Academia de la Historia, manifestando que si á ella, en 1836, se debió que se salvaran entonces algunos de aquellos, cuyo lugar de reposo en la Real Iglesia de S. Isidro, de esa córte, se ha venido ignorando hasta el dia 27 del actual, y á ella se debe tambien su identificacion; haria ese alto ó ilustrado cuerpo un honor á este antiguo reino, cuna de aquel distinguido hombre de Estado, si de nuevo, encargándose de los predichos restos, interpusiera su poderoso valimiento cerca de la superioridad, á fin de que ésta concediese su licencia para que fuesen trasladados al templo Catedral de Murcia.=

=Esta es la súplica que se permiten dirigir á V. E., sin que duden del éxito favorable, por lo que tributan anticipadamente, á ese alto é ilustrado cuerpo, el testimonio de su gratitud.=Dios guarde á V. E. muchos años.=Murcia 31 de Octubre de 1883.= Diego Mariano, Obispo de Cartagena.—José María Diaz, Gobernador Civil.—Andrés Barrio, Dean.—José Esteve, Presidente de la Excma. Diputacion Provincial.—Eduardo Riquelme, Alcalde Constitucional de Murcia.—Javier Fuentes y Ponte, Iniciador del centenario y de la traslacion de los restos.»

Hasta la fecha, esto es lo que ha ocurrido y lo que se ha solicitado.

Murcia 2 de Noviembre de 1883.

J. F. y P.